

golfo de Darién, y el otro desde este golfo hasta el cabo de Gracias á Dios.

El espíritu de viajes iba modificándose con las circunstancias: ya no se trataba solamente de hacer descubrimientos, sino que se quería apoderarse por conquista de las tierras descubiertas y fundar establecimientos coloniales que á la vez que produjeran buenas rentas al soberano, dejaran en las manos de los súbditos pingües riquezas. Resultó pues que no sólo los monarcas de las naciones europeas emprendieran grandes expediciones por su cuenta, sino también muchos ricos y aventureros á quienes el oro, las perlas y los esclavos de la América presentaban un halagüeño porvenir.

Por todas partes del antes desierto Océano se vieron surcar diferentes naves de distintas naciones, saliendo sólo de Portugal en los 18 años que siguieron al descubrimiento de Vasco de Gama 290 naves, y de España, 14 expediciones de 1496 á 1500 y se cometieron las más escandalosas expoliaciones y los más crueles engaños.

El rey de Inglaterra Enrique VII celebró un tratado con Juan Cabot mercader veneciano y sus tres hijos Luis, Sebastián y Sancius para hacer descubrimientos y en tal virtud se descubrió el 24 de junio de 1497 la península del Labrador y la isla de San Juan; el monarca francés se valía de Juan Verrazani ciudadano florentino para descubrir la costa de Carolina del Norte; Gaspar Cortereal enviado por el gobierno portugués pirateaba que no descubría, en las costas norte americanas y Pedro Álvarez Cabral casualmente impelido por los vientos pisaba las tierras del Brasil; Juan Ponce de León buscando la fuente maravillosa, cuyas aguas rejuvenecían, descubrió la península que separa el Océano Atlántico del Golfo Mexicano, en 27 de marzo de 1512, domingo de *pascua florida* y le dió este último nombre tanto por esta circunstancia, como por la hermosa primavera que allí reinaba; Vasco Núñez de Balboa descubrió en fin, el 26 de septiembre de 1513, el Océano Pacífico, abriendo nuevo campo á los viajes y exploraciones.

CAPÍTULO III

Diego Velázquez Gobernador de Cuba. — Primeros años de Hernán Cortés. — Descubrimientos de las costas mexicanas por Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva. — Preparativos para la conquista. — Disgusto de Velázquez y Cortés. — Cozumel, Yucatán y Tabasco. — Jerónimo de Aguilar y doña Marina. — Fundación de Veracruz.

Entre las muchas personas que vinieron á América con el descubridor, se distinguió más tarde don Diego Velázquez, antiguo criado de don Diego Colón, quien se estableció en la isla Española donde fué elevado, tanto por el referido don Diego, como por el Comendador don Nicolás de Ovando, así es que cuando se hizo la conquista de Cuba en 1511, ya fué nombrado su capitán.

Entre los que fueron con él se contaba don Hernando Cortés, que en calidad de secretario le acompañaba. Nació en la ciudad de Medellín de la provincia de Extremadura (fundada por Cecilio Metelo durante la presuntuosa guerra que hizo á Sertorio) en el año de 1483, siendo sus padres don Martín Cortés y Monroy y doña Catalina Pizarro Altamirano, quienes lo dedicaron á la carrera de las letras poniéndolo en la Universidad de Salamanca. Dos años permaneció en el estudio, pues en 1501 abandonó la carrera, porque por su genio inquieto prefería la vida de aventuras y le halagaba entonces la idea de pasar á Italia con el ejército del Gran Capitán, ó de ir á América con su amigo don Nicolás de Ovando, nombrado á la sazón Gobernador; pero fracasó por entonces su propósito porque por escalar una pared en su vida aventurera, se cayó y lo tomó entre los escombros dejándole golpeado y mal trecho, y corriendo el peligro de morir, pues un vecino que tal vió, se arrojó sobre él espada en mano, y habrialo matado á no ser por una mujer que oportunamente lo detuvo.

Restablecido de los golpes y resuelto ya á partir á las Indias, se embarcó en San Lúcar de Barrameda en la nave de Alonso Quintero en el año de 1504, con dirección á la isla Española ó de Santo Domingo, donde se asentó como vecino y vivió hasta el año de 1511

dedicado á la ganadería y cultivo de las tierras que le fueron dadas en encomienda, por los servicios que prestó en la guerra que se hizo con motivo del alzamiento de las provincias de Baoruco, Higüey y Amiguayagua.

Pretendió Cortés ir á Veragua á colonizar con Ojeda y Nicuesa; pero no logró su intento por haberse enfermado de un tumor, así es que después se alistó en la expedición de Diego Velázquez, destinada á la conquista de Cuba. Distinguióse en esta campaña, por lo cual una vez terminada, fijó su residencia en Santiago de Baracoa, donde con las tierras que se le repartieron, los indios que se le encomendaron, los ganados que tenía y su buena administración, vió pronto aumentar considerablemente su hacienda.

Tuvo allí ocasión de disgustos con su amigo el Gobernador, porque cortejando á una joven doña Catalina Xuárez Marcaida á quien había dado palabra de casamiento, y eludiendo el cumplírsela, Velázquez que tenía amores con la hermana de ella, le exigía el cumplimiento y porque ya rotas sus buenas relaciones, Cortés, cuando vinieron á la Española los jueces de apelación, se prestó á patrocinar á los descontentos estando dispuesto aún á partir personalmente á presentar las quejas.

Por tal razón fué puesto preso bajo la guardia del alcaide Cristóbal de Lagos; pero logró fugarse quebrantando la cerradura, y pasando á su pueblo casó con doña Catalina, reconciliándose poco más tarde con el Gobernador á quien convidó por padrino de su primer hijo.

Velázquez, que era hombre ambicioso, preparó en 1517 una expedición para que hiciera algunos reconocimientos marítimos y la puso á las órdenes de Francisco Hernández de Córdoba. Compúsose de tres naves dirigidas por Antón de Alaminos, Juan Álvarez y Camacho de Triana, con ciento diez hombres, entre los que se hallaba el valiente soldado y verídico historiador Bernal Díaz del Castillo, la cual salió del pueblo de Ajaruco, el día 8 de febrero.

Después de una navegación de veintiún días, encontraron una isla á la que llamaron *de Mujeres*, por varios ídolos de diosas que allí vieron, y el 4 de marzo desembarcaron en el Cabo Catoche, movidos á ello por las instancias de los naturales; pero pronto se reembarcaron porque fueron asaltados y batidos en una emboscada que les tenían preparada. Recorrieron parte de la costa de Yucatán arribando

á Campeche y siguiendo por la costa desembarcaron á proveerse de agua cerca del pueblo de Potón Chan; pero allí fueron atacados con singular bizarria por un cacique llamado Mochcovoh, y tuvieron que retirarse mal parados, llamándole *Bahía de la mala pelea* á aquel inhospitalario punto, en el cual recibió el capitán 33 heridas, dirigiéndose á Cuba adonde llegaron después de sufrir considerables pérdidas y graves padecimientos.

Sirvió este primer viaje hecho á las riberas mexicanas para avivar el deseo de Velázquez, por lo que pronto organizó una segunda y mejor provista flota compuesta de cuatro naves con doscientos tripulantes, á las órdenes del capitán Juan de Grijalva, con instrucciones de rescatar el oro y plata que encontrasen y de explorar el territorio descubierto por Hernández de Córdoba.

El sábado 1.º de mayo de 1518 se dió á la vela en dirección al Oeste, encontrando á los tres días la isla de Cozumel (*de las golondrinas*), en la cual desembarcó el día 5 tomando posesión en nombre de doña Juana y de don Carlos, reyes de España en aquel tiempo.

Á los pocos días partió en busca de Potón Chan, llegando el día 26 á Campeche, donde mientras se ocupaban en proveerse de agua, fueron acometidos por los naturales. Siguieron su exploración, pasando por Boca de Términos hasta descubrir el rio de Tabasco, llamado desde entonces *de Grijalva* y el Papaloapan ó de *Alcarado*, hasta llegar á la isla de San Juan de Ulúa (llamada así por haber llegado á ella el día de San Juan y por haber oído que era de los culhua), de donde por diversas circunstancias se volvió á Cuba.

Alentado Velázquez con las noticias de Hernández de Córdoba, con la vista del oro que había en su viaje rescatado, con lo que sobre la riqueza de aquellas tierras le dijeron algunos indios que llevaron, y ansioso por saber el paradero de Grijalva de quien ninguna noticia había recibido, ya no pensó sino en conquistar tales países, y como por su empleo no quisiese ó no pudiese hacer él personalmente la campaña, trató de encomendar la empresa á alguno de los capitanes sus amigos.

Difícil era la elección, porque el Gobernador buscaba para poner al frente de su empresa, un hombre tan intrépido que no le arredrara el gran peligro que le amenazaba; tan activo que pudiese él solo dirigir tan gran campaña y tan previsor que nada pudiese sorprenderlo; pero sobre todas estas prendas exigía la sumisión y el

desinterés suficientes para que, reportando todas las fatigas, peligros y privaciones, prescindiera de la gloria y la hiciere recaer en él.

Imposible era encontrar semejante hombre por más que se le buscara con la linterna de Diógenes, así es que aunque en su imaginación creía Velázquez muy sencillo hallar reunidas tan contradictorias prendas, estuvo sin embargo vacilante respecto á la persona en quien debía fijar su atención.

Quiso nombrar por jefe á Vasco Porcallo, mas su carácter altivo y atrevido le infundió temores de que se le rebelara: las excesivas condiciones que ponía Baltasar Bermúdez, lo alejaron de la elección y aunque también pensó en un pariente suyo llamado Bernardino Velázquez, se decidió en fin, por Hernán Cortés, gracias á la influencia de Amador de Lares y de Andrés del Duero, su secretario, que llevaban estrecha amistad con él.

En 23 de octubre de 1518 se le dieron á Cortés las instrucciones correspondientes, reducidas á explorar las costas y países descubiertos por Hernández de Córdoba, á rescatar los españoles que hubiesen caído en poder de los indios, lo mismo que el oro y plata que se pudiese, á inquirir por el paradero de Grijalva y sus compañeros (pues aunque cuando salió Cortés de Cuba ya había vuelto Grijalva, esto fué después de las instrucciones) así como sobre la religión, ritos y costumbres de aquéllos, y en fin, para colonizar si así le pareciese conveniente.

Una vez nombrado empezó á hacer los necesarios preparativos gastando todos sus bienes y aun comprometiendo su crédito con sus amigos; levantó sus banderas para que se alistasen los más que quisiesen: llevaban las reales armas y una gran cruz con este lema: *Amigos, sigamos la cruz con verdadera fe, que con ella venceremos*; llegando pronto á reunirse en Santiago hasta trescientos soldados alistados para la empresa.

Velázquez que primeramente había visto con satisfacción aquellos aprestos, empezó después á recelar de la fidelidad de Cortés, así es que con nimias desconfianzas é imprudentes reservas, le hizo comprender sus vacilaciones y como llegó á saber por Andrés Duero, secretario del Gobernador, que aún pensaba quitarle el mando, la misma noche que esto supo y cuando la ciudad había entrado en reposo, hizo embarcar silenciosamente á sus soldados, tomó toda la

carne que estaba destinada al abastecimiento de la población pagándola con una cadena de oro que llevaba al cuello, y se dispuso á levar anclas.

Informado el Gobernador de lo que pasaba, se levanta y ocurre presuroso á la playa, pero aunque reconvinó á su compadre Cortés porque se iba sin despedirse, éste se excusó con la necesidad de la violencia en semejantes empresas y en su presencia se dió á la vela, sin que lo pudiera impedir por falta de buques. Esto pasaba el 18 de noviembre de 1518.

Probablemente en todo caso se habría levantado Cortés desconociendo la autoridad del Gobernador de Cuba; pero en aquella vez sus infundadas sospechas é impolítica conducta, disculparon el proceder del nuevo conquistador, que con justicia se oponía á dejar sin motivo el mando que se le había conferido, de una expedición en que independientemente de Velázquez, había metido su caudal y el de algunos amigos.

De Santiago de Cuba partió para Macaca, donde estuvo ocho días haciendo provisiones, yendo de allí para la villa de la Trinidad en la que procuró con la mayor actividad reunir tropas, aumentar sus buques, proporcionarse viveres y todo género de municiones; pero mientras en estas faenas se ocupaba, el Alcalde mayor Francisco Verdugo recibió cartas de su cuñado Velázquez, ordenándole que aprehendiera á Cortés y destuyera la partida de las naves, porque había sido nombrado en su lugar Vasco Porcallo. Mas el recelo que debía inspirar al Alcalde el pequeño ejército de don Hernando, su política y habilidad, así como las súplicas de los principales vecinos, dejaron sin efecto aquel mandato, de suerte que poco después y cuando corrían ya los primeros días de enero de 1519, enviando el Capitán una carta al Gobernador en que disculpaba su conducta y le hacía protestas de su fidelidad, abandonó la flotilla aquel puerto en dirección de la Habana.

La ciudad había recibido órdenes para no vender ningunas provisiones al capitán rebelde, pero sin elementos para cumplirlas por no poder resistir á la fuerza de que disponía el inculcado, tal orden como la de prisión que mandó al Alcalde Pedro Barba, fué ilusoria. Cortés desembarcó, compuso su artillería, hizo diferentes correrías por los pueblos cercanos, apoderándose por fuerza de lo que de grado se le negaba, y una vez concluidos los preparativos, se

dió á la vela con rumbo á Yucatán el día 10 de febrero de 1519.

Se componía esta armada de once buques, quinientos ocho soldados, trece escopeteros, treinta y dos ballesteros, con diez y seis caballos, diez piezas de artillería de bronce y cuatro falconetes.

Servía de principal piloto el famoso Anton de Alaminos y de capitanes de las once naves respectivamente, el Capitán general, Pedro de Alvarado, Alonso Hernández Puertocarrero, Diego de Ordaz, Juan Velázquez de León, Alonso de Ávila, Francisco de Morla, Juan de Escalante, Francisco de Montejo, Cristóbal de Olid y Francisco de Saucedo; llevando el mando de la artillería Francisco de Orozco.

Partió para San Antón y de allí á la isla de Cozumel donde había llegado tres días antes Pedro de Alvarado, porque el piloto Camacho se había adelantado contraviuiendo á las órdenes recibidas. Alvarado mostró pronto su carácter, apoderándose de un templo y cometiendo robos y desmanes, por lo que se ahuyentó la gente, de suerte que cuando llegó Cortés el día 18, arrestó á Camacho y reprendió á Alvarado.

Supo allí por unos caciques, que en Catoche había unos españoles cautivos y con tal noticia les rogó que pasasen en sus canoas y les llevaran con el debido rescate, un papel escrito en que les decía que vinieran.

Jerónimo de Aguilar, diácono, natural de Écija, que yendo de Darién á Santo Domingo ocho años hacia, había sido arrastrado por las corrientes hasta Yucatán donde fué hecho prisionero con sus compañeros, que eran quince hombres y dos mujeres, recibió el aviso que de Cozumel le enviaban. Al punto se dispuso á partir, invitando á otro español compañero suyo llamado Gonzalo Guerrero, que eran los únicos que se habían salvado de ser sacrificados; pero Guerrero no quiso ser rescatado, porque dijo que ya tenía esposa é hijos, gozando de grandes consideraciones entre los indigenas y teniendo además las orejas oradadas y rayada la cara, por lo que se avergonzaba de ser visto por los españoles; y aun ocultó otra razón quizá más poderosa: él fué quien dirigió á los indigenas en la batalla que le dieron á Hernández de Córdoba y temía ser castigado.

Fué recibido Aguilar con muestras de alegría, tanto mayores cuanto que iba á servirles de magnífico intérprete, pues hablaba bien la lengua maya.

El 4 de marzo, dejando una imagen de la virgen en el adoratorio de Cozumel, partieron para Tabasco, pero á consecuencia de los vientos pronto tuvieron que volver, hasta el día 13 en que definitivamente la abandonaron partiendo para la isla de Mujeres, de donde siguieron su marcha por Boca de Términos hasta el río de Grijalva, al cual llegaron desembarcando el día 22 en la Punta de los Palmares, muy cercana del pueblo de Tabasco. Fué asallado Cortés al siguiente día por los tabasqueños á quienes obligó á huir, y con tal motivo, á fin de procurar la paz, el 24 mandó á Lugo y Alvarado con doscientos hombres y el intérprete Melchor, pero éste se fugó y excitó á los indigenas á la guerra refiriéndoles el corto número de aquellos extranjeros, así es que á poco se trabó un sangriento combate en el que se necesitó del oportuno auxilio del capitán para obtener el triunfo, quedando los naturales no obstante, en son de guerra.

El 25 tuvo lugar la encarnizada batalla en las orillas de un pueblo llamado Ceutla, en la que gracias á la caballería salieron victoriosos los castellanos, no sin haber tenido tres soldados muertos, sesenta y cinco heridos y ocho caballos.

La política conducta que observó Cortés, dando libertad á los caciques prisioneros, sirvió para que luego se presentaran embajadores de los naturales con diversos obsequios en solicitud de paz, y una vez aceptada ésta, aumentaron los presentes. Permaneció la flota en Tabasco hasta el día 18 de abril que partió para San Juan de Ulúa recibiendo entre tanto del principal cacique un regalo de veinte esclavas entre las cuales se contaba la famosa doña Marina.

Era ésta una doncella nacida probablemente en la provincia de Goatzacoalco (aunque ella refirió que en la de Xalisco, según las crónicas) de ilustre familia; pero habiendo muerto su padre y casado de nuevo su madre, para que ella no presentara algún estorbo en la sucesión, á un hijo que había tenido la madre en su segundo matrimonio, la dieron á unos mercaderes de Xicalango, cerca de Tabasco esparciendo en su pueblo la voz de que había muerto.

Los españoles la llamaron Marina ó Malinche, bien sea como quiere el señor Orozco y Berra porque se llamaba *Malinalli*, y oyendo que le decían *Malinal*, le pusieron en el bautismo *Marina*, por semejanza, á cuyos nombres agregaran la partícula reverencial *tzin*, diciendo los naturales *Marinatzin* ó *Malinatzin* de donde se

corrompió la palabra en *Malinche*: ó como pretende á la inversa el señor Alamán, porque bautizada con el nombre de Marina y agregándole la partícula *tzin*, diminutiva, dijeran los mexicanos *Malintzin*, Marinita, en virtud de cambiar la *r*, letra que no tenían en su idioma, en *l* y los españoles corrompieran la voz Malintzin en Malinche.

Lo cierto es que fué una mujer muy inteligente y astuta que sirvió extraordinariamente al conquistador, porque por su medio se comunicaba; pues el padre Aguilar sólo le sirvió de intérprete en Tabasco porque se hablaba allí el *maya*, pero ya en Ulúa no pudo entender el *nahuatl*. Doña Marina que no hablaba la lengua *castellana*, pero sí la *maya* y la *nahuatl*, les sirvió de intérprete en semejante apuro; de manera que una vez llegados los conquistadores á la costa de Veracruz, Cortés y los suyos hablaban en *castellano* al padre Aguilar lo que querían decir á los naturales, Aguilar lo trasmitía en lengua *maya* á doña Marina, que á su vez lo traducía al *nahuatl*; obrándose de una manera inversa cuando se trasmitía algo de los azteca á los españoles.

Aquellas veinte esclavas las repartió Cortés entre sus capitanes, tocándole doña Marina á Hernández Puertocarrero; pero por la utilidad que prestaba, la tuvo don Hernando primero como prestada y después que Puertocarrero pasó á España, como esclava propia.

El Jueves Santo 21 de abril, poco después del medio día, llegó la armada á San Juan de Ulúa, donde se presentaron algunos naturales á quienes obsequiaron los extranjeros con cuentas de vidrio y baratijas; desembarcando al día siguiente en la costa llamada Chalchihucuecan. Encontró allí gran abundancia de adornos de oro que usaban los mexicanos, del que rescató gran cantidad por espejuelos, alfileres, cuentas y cintas, mandando por pregón que ninguno tomase el oro y que aparentasen no darle valor ninguno.

Pasados algunos días determinó establecer una colonia en aquel lugar, y fundó la Villa Rica de la Vera Crux.

CAPÍTULO IV

Establecimiento del Ayuntamiento de Veracruz. — Los parciales de Velázquez. — Cortés los castiga y destruye sus naves. — Emisarios de Motecuhzoma. Los totonaca. — Campaña contra los tlaxcalteca. Sumisión de esta República. — Viaje á Tenochtitlan. — Hecatombe en Gholollan. — Entrada á México.

Tan luego como llegó Cortés á Veracruz, dos pensamientos absorbieron toda su atención: para no aparecer como rebelde, quiso legalizar su autoridad desprendiéndola de la de Velázquez, y para poder llevar á cabo la conquista, trató de asegurarse de la fidelidad y resolución de sus soldados.

Para conseguir el primer objeto, y aparentando ceder á las instancias de sus adictos, acordó establecer una colonia con el nombre de Villa Rica de la Veracruz que habia ya dado á la tierra, y en la que al punto se instaló un Ayuntamiento clavando la picota y la horca, emblema de su jurisdicción. Inmediatamente el Ayuntamiento declaró caducos los poderes é instrucciones de Velázquez, supuestas sus facultades, y atendiendo al buen servicio del Rey y á los méritos de Cortés, lo nombró Capitán de la armada y Justicia mayor, con lo que quedó satisfecho y en aptitud para llevar la empresa por su propia cuenta.

Mas como aquel acto, así como algunas disposiciones del nuevo Capitán, disgustaron á los soldados parciales del Gobernador de Cuba, al grado de pensar en rebelarse; tan luego como Cortés lo supo aprehendió á varios de los descontentos, y como esto no fué bastante, pues á los pocos días se formó un nuevo y más serio complot, á fin de apoderarse de una nave y volverse á Cuba, entonces usó enérgicamente de su autoridad. Hizo ahorcar á Pedro Escudero y Diego Cermeno, cortarle un pie al piloto Gonzalo de Umbria y dar doscientos azotes á cada uno de los demás complicados.

Desconfiando de que tal castigo fuera capaz de impedir en lo sucesivo la repetición de tales actos, enviando en una nave dirigida por

Antón de Alaminos á Alonso Puertocarrero y Francisco de Montejo, para que fuesen á España en calidad de procuradores á presentarse al Rey Carlos V, dispuso luego de acuerdo y aun por insinuaciones de sus soldados adictos, echar las naves á pique.

En el mes de julio hizo recoger el velamen, clavazón y cordelaje de los buques y echarlos á pique, reservándose apenas los botes para pescar. ¡Memorable acción que revela toda la grandeza de alma de aquel puñado de valientes, que por su propia voluntad y en los momentos en que conocían todo el gran poder del imperio que pisaban, se resolvían á vencer ó morir! Gloriosa acción que nada pierde de su mérito porque Agatocles en Sicilia en la guerra contra los cartagineses; Juliano en el Tigris y otros grandes capitanes hayan hecho otro tanto; ni porque se diga que Cortés al hacerlo, estaba impulsado por el deseo de salvarse de la ignominiosa muerte que en Cuba le esperaba; pues los rasgos de genio no se imitan, ni el hombre obra jamás movido por el peligro más lejano.

Mas entre tanto que se verificaban entre los europeos los acontecimientos hasta aquí narrados, en México pasaban otros de importancia, aunque de índole diversa.

Gran sensación y profunda melancolía produjeron en Motecuhzoma los diferentes fenómenos acaecidos en principios de su reinado, las funestas interpretaciones de Nezahualpilli y demás astrólogos; pero al ver que se dilataba su cumplimiento, y que los años pasaban tranquilamente, recobró su alegría y entereza. Mas cuando en 1317, llegaron á las costas de Yucatán los españoles que guiaba Hernández de Córdoba, y se supo este suceso en Tenochtitlan, adonde llegaron las maravillosas descripciones de aquellos hombres blancos tan singulares, abultadas por la fantasía exaltada que los suponía verdaderas deidades, el temor, el sobresalto y la indecisión del pusilánime monarca, no reconocieron límites. Quiso huir á la encantada gruta de *Gicalco*, en donde se decía, vivían Hueman y Topiltzin; pero detenido por las consideraciones de su rango, abandonó la idea de fuga.

La llegada de Grijalva al siguiente año vino á aumentar los apuros; hizo entonces Motecuhzoma construir secretamente diversas joyas de oro y plata, las que envió á los extranjeros con Cuittlalpitoc á quien dió órdenes de atenderlos muy bien y decirles que lo dejasen morir en su trono pudiendo venir en hora buena después de

su muerte. ¹ Regresó el embajador llevando la satisfactoria nueva de la partida de las naves y presentándole los presentes que en cambio del oro se le enviaban, que consistían en cuentas de vidrio, pan, tocino y otras viandas, de las que no quiso probar el emperador por suponerlas manjares de los dioses.

Aunque algo se tranquilizó con aquellas noticias, dispuso hubiera de continuo centinelas en las costas, en atenta observación, así es que apenas arribó Cortés meses después, por violentísimos correos llegó á Motecuhzoma la noticia, por lo que al punto reunió á cinco embajadores, Yallizchan, Tepuztecatl, Tizaoa, Huehuetecalt y Hueicaznecatecatl, para que llevasen piezas de oro, mantas finas, piedras preciosas y lucidos plumajes á Quetzalcoatl que volvía; dióles también órdenes precisas para que lo obsequiaran lo mismo que á sus compañeros.

Fueron bien recibidos por los conquistadores que les dieron distintas bujeras y les hicieron oír el estampido de sus cañones que los aterrizó extraordinariamente, llevando á su soberano noticias y pinturas de cuanto habían visto. Éste, que no procuraba sino alejarlos de sus dominios, enviéles segunda embajada con más oro á fin de suplicarles partiesen luego, sin considerar en su ignorancia que aquellos presentes del rico metal, lejos de alejar aquellos hombres, los atraía cual imán, inflamando en sus pechos la codicia, júnico móvil de su empresa!

Para que coadyuvasen á su intención, mandó varios hechiceros para que por sus sortilegios consiguiesen el apetecido fin y cuando por la absoluta insistencia de los extranjeros de ir á verlo, hizo retirar los presentes y obsequios, envió á que les impidieran el paso atando en los árboles del camino abundantes hilos encantados.

Mas apenas había desaparecido Teuhtilli y los naturales, cuando se presentaron otros indios, emisarios del cacique de Cempoallan, dándoles la bien venida y ofreciéndoles su amistad, haciéndole saber además, que eran tributarios de Motecuhzoma quien los había

1. El egoísmo ha sido general en los príncipes que desatendiendo los sagrados intereses de sus pueblos, han puesto sus ojos sólo en su propio bienestar; así también decía Luis XV, rey de Francia, cuando se le anunciaban los peligros de su trono que se contentaba con que le durara lo que la vida.

subyugado y era un déspota aborrecido. Desde este momento Cortés contó por aliados á los cempoalteca, que agobiados por la tiranía sólo pensaban en sacudirla, implorando para ello el favor de los advenedizos, sin considerar que con eso remachaban las cadenas que habian destruido su independencia ¹!

Los cempoalteca, así que se consideraron fuertes con la ayuda de los extranjeros, sacudieron la dominación azteca, y negándose á pagar el tributo, aprehendieron á cinco oficiales mexicanos encargados de recogerlo, á quienes habrian sacrificado si no lo hubiera impedido astutamente Cortés, que hizo ponerlos en prisión. Ya entrada la noche ordenó que los guardias españoles sin ser sentidos por los totonaca, le llevaran á dos de los prisioneros, á quienes después de obsequiar los dió libres para que dijieran á Motecuhzoma que él y sus tropas eran sus amigos que iban en nombre de un poderoso rey á tratar de paz : de esta suerte á la vez que dejaba satisfechos á los de Cempoallan al librarlos del duro tributo, admiraba á los azteca por su benignidad y buenos sentimientos.

Después de recibir las gracias del Emperador por la libertad que habia dado á sus oficiales; juntamente con nuevos presentes y ruegos de que no pasase á su capital, y después de haber permanecido varios días en Cempoallan, á cuyos naturales auxilió en una contienda que tuvieron contra los de Tizapatzinco, y después en fin de haber quitado casi por la fuerza los ídolos del teocalli, dejando en Veracruz una guarnición de cien españoles á cargo de Juan de Escalante y muchas tropas totonaca en Cempoallan, salió de esta ciudad á la que habian puesto por nombre *Nueva Sevilla*, el día 16 de agosto. El ejército iba formado de cuatrocientos infantes, quince soldados de caballería, seis cañones, mil trescientos totonaca y doscientos *tamene* ó indios de carga, que arrastraban la artillería y llevaban en hombros el equipaje.

Pasando por Xalapán, Xicochmilco, Textla y gran parte del

1. Todos los pueblos que en su ayuda han llamado en sus guerras intestinas á naciones extranjeras, han pagado con la libertad, su imprudente falta, convirtiéndose después en vasallos de los que primero fueron sus aliados : los romanos sólo ayudaron á los españoles á sacudir el yugo de Cartago para imponerles después el suyo propio; los bretones en su guerra contra los pictos y escoceses, llamaron en su socorro á los sajones que á continuación se enseñorearon del país y así ha sucedido siempre.

territorio despoblado que se hallaba entre el Nauhcampatepec (Cofre de Perote) y el Citaltepec (Pico de Orizaba), llegaron á Xocotla donde permanecieron cinco días, siendo bien recibidos por el cacique Olintetl, *el temblón*, que les dió noticias pormenorizadas del poder y riquezas de Motecuhzoma. De aquel lugar mandó Cortés una embajada de cuatro cempoalteca para que pasase á Tlaxcalla á procurar su alianza y el permiso de pasar por su suelo para Tenochtitlan; cuya embajada fué recibida por los cuatro señores de aquella república, Maxixcatzín, Xicotencatl (el anciano), Tlehuexolotzin y Citalpopocatzín. Dividióse el parecer de aquel consejo, pues mientras Maxixcatzín estaba dispuesto á aceptar las proposiciones que los embajadores acababan de hacerles, Xicotencatl proponía que se les hiciera la guerra y no se les recibiese; por lo que Tlehuexolotzin conciliando ambos dictámenes propuso que se les contestase aceptando la paz; pero que silenciosamente y aliados con los otomíes ú otonca les saliesen al encuentro para hacerles la guerra, de suerte que si salian vencedores pudieran apropiarse aquella gloria, mientras que si eran vencidos, podrian descargar la responsabilidad en los otonca que por ser tribus bárbaras, no habian reconocido ni cumplido con los pactos estipulados.

Impaciente el conquistador, después de haber esperado inútilmente tres días en Ixtacamaxtillán la respuesta de aquella república, invadió su territorio aun antes de recibirla, el día 31 de agosto; de manera que si los naturales obraban pérfidamente, al dar una engañosa respuesta, los españoles no lo hacian menos mal, cubriendo tan sólo las apariencias.

Ese mismo día se trabó la primera campaña entre tlaxcalteca y conquistadores, cerca de Tecocac, en la que los primeros tuvieron que retirarse; y al siguiente, 1º de septiembre, se trabó la más reñida batalla que hasta allí habian dado, repitiéndose con más vigor el 5; pues aquellos pobladores mandados por Xicotencatl (el joven) mostraban indomable valor; pero la disciplina y táctica militar de los españoles, superioridad inmensa de sus armas, el espanto que producía el estruendo de las armas de fuego ¹ y la presencia de los

1. En la época del bajo Imperio, se generalizó el uso del *fuego griego* que era una mezcla de diferentes sustancias inflamables, tales como la nafta, el asfalto ó el petróleo con brea y aceites grasos. Los árabes

caballos, vencieron siempre aquellas huestes que aunque indómitas se presentaban casi desnudas y con armas muy inferiores; así es que en todas estas veces quedaron derrotadas.

Mientras Cortés recorría aquel belicoso territorio, talando los campos y quemando más de diez pueblos de consideración, los tlaxcalteca apelaban á los adivinos y hechiceros para saber si

tomaron de los chinos la idea de añadir al fuego griego el nitro natural ó nitrato de potasa, que tiene la propiedad de activar la combustión, y con eso compusieron una mezcla idéntica á la pólvora, pero que no tenía la fuerza necesaria para impulsar los proyectiles con la velocidad suficiente para taladrar las armaduras, porque el nitro que preparaban era bastante impuro. Perfeccionada poco á poco, parece que en Florencia fué donde por primera vez en Europa, en 1323 se hizo uso del cañón. La pólvora de artillería se empleó en Francia en el sitio de Cambray en 1339, y los ingleses en la batalla de Crecy (26 de agosto de 1346) hicieron fuego contra los franceses con tres cañones que arrojaban balas de hierro de pequeño calibre. Bertoldo Schwartz, fraile franciscano de Friburgo, inventó una aleación de plomo y estaño, muy resistente para hacer cañones, con lo cual las armas de fuego se mejoraron mucho.

En el siglo xv se empezó á usar la *culebrina* ó fusil formado de un largo cañón delgado de hierro que un hombre apoyaba sobre un brazo, mientras otro ponía fuego al cebo; después fué provista de un mango de madera y de un sustentáculo, que permitía al mismo que la tenía, prenderle fuego. En el siglo xvi se empezó á usar el *mosquete de mecha*, el cual tenía una culata para apoyarlo en el hombro y una horquilla que se clavaba en el suelo para descansar en ella y hacer más certera la puntería, y encima de la cazoleta se encendía una mecha que tardaba siempre en comunicar el fuego á la carga. Para evitar ese inconveniente se hizo en Alemania el *arcabuz de rueda*, en el cual la mecha se sustituyó por un pedernal que encendía la pólvora por medio de las chispas que desprendía al chocar con una rodaja de acero, mediante la acción de un resorte, y como se hizo el cañón más corto y se suprimió la horquilla, se convirtió entonces en arma verdaderamente portátil. Después se suprimió la rodaja, simplificando el mecanismo en el *fusil de chispa*, que se usó por dos siglos, y en el presente se sustituyó primero por el *fusil de pistón* ó de cápsula y recientemente por el *fusil de aguja*, que ha permitido la repetición instantánea en los magníficos fusiles prusianos de aguja, franceses de Chassepot, americanos de Winchester y de Remington y el alemán de Maüßer.

La causa que produce la acción mecánica, velocidad y fuerza del tiro, es la fuerza expansiva de los gases; pues transformándose instantáneamente en gas la materia sólida de la pólvora, tiende á ocupar un volumen mucho mayor y como la bala le sirve de obstáculo, la lanza con violencia, pues un litro de pólvora produce al quemarse 8,000 litros de gas.

aquellos recién llegados eran realmente dioses ó por qué causa no habían podido vencerlos, y como supieron por este medio, que los hombres blancos eran hijos del sol, por lo que el luminar del día los hacía invencibles, se preparon á combatir por la noche.

El Capitán general manchó sus triunfos con una crueldad refinada é inútil, pues como diariamente iban á su campamento muchos tlaxcalteca movidos por la curiosidad ó á llevarle maíz ú otros objetos, con el fin de atemorizarlos en vispera de la batalla nocturna, hizo aprehender á unos cincuenta, y aparentado creer que eran espías les cortó las manos, mandándolos mutilados á su capital.

El día 7 á la luz de la luna dió un nuevo y valeroso asalto el joven Xicotencatl, en el que adquirió por cuarta vez la convicción de su infortunio, mas no de su impotencia.

Después de esto se ajustó definitivamente la paz, obligándose aquella república á someterse á la corona de Castilla y á auxiliar al ejército en sus empresas contra los mexicanos; entrando en la ciudad de Tlaxcallán el día 22 de septiembre entre las ovaciones de una multitud admirada.

Varios días permaneció en aquella populosa capital, recibiendo mil obsequios, y como después de varias pláticas inútiles, se rehusaron abiertamente á abandonar su religión abrazando la cristiana, quiso don Hernando repetir lo que había hecho en Cempoallán y derrocar por fuerza los ídolos de los altares, sin considerar que nada habría tenido de meritorio el que hubieran aceptado la religión que con las espadas les imponía; mas encontró tal resistencia que el padre Olmedo con más prudencia, lo disuadió de tan desatinado propósito, que habría comprometido el éxito de la expedición.

Diego de Ordaz se ocupó en hacer una excursión al Popocatepetl, que estaba á la sazón en actividad y con un valor temerario que llenó de asombro á los indios, llegó acompañado solo de dos españoles, hasta el ancho cráter del volcán, con lo que prestó á su causa un brillante servicio, porque cuando llegó á faltar la pólvora á Cortés, recordando éste los informes de Ordaz envió á Montañón á sacar azufre del volcán y con eso pudo fabricarla en abundancia.

Pensó entonces partir resueltamente á la capital de Anáhuac á pesar de la opinión de Teuch, jefe cempoaltecatl, que le anunció su ruina, pues eran tantos los mexicanos que de cien mil en cien mil

que se le presentaran y á pesar de que con constante fortuna los venciera, acabarían por destruirlo; y á pesar del disgusto de algunos de sus soldados, el conquistador dando muestras de su esforzada bizarría se decidió á partir, contando ya con otro pueblo indígena, enemigo acérrimo de los mexicanos que le habria de servir con decisión: el tlaxcaltecall.

Todavía como si no fuera bastante el concurso de totonaca y tlaxcalteca, recibió una embajada del príncipe Ixtlixochitl, en que le proponía su alianza como rey de una parte de Texcoco; ¡de esta suerte ayudaban los mismos naturales á la pérdida de su nacionalidad y á la ruina de su raza!

Con seis mil auxiliares salió con dirección á Cholollan (Cholula) el día 13 de octubre; pero como á la vez que los emisarios mexicanos habían hecho que desconfiase de los tlaxcalteca, éstos, enemigos de los cholulteca, les anunciaron de antemano un complot en Cholollan, entró Cortés con su ejército á esta ciudad con aquella desconfianza. Fué recibido con gran solemnidad saliendo á encontrarlo más de veinte mil personas suplicándole sólo que no permitiese la entrada á sus aliados por la enemistad que se tenían y los daños que les podrían hacer. Pronto observaron los españoles algún cambio, pues los víveres empezaban á escasear, de cuya circunstancia se aprovecharon los tlaxcalteca para denunciar una horrible conspiración: doña Marina declaró también que una anciana mujer, esposa de un cacique, movida por el cariño que le había inspirado, le había aconsejado abandonase al punto á aquellos blancos, pues todo ellos iban á perecer, porque al tiempo que salieran de la ciudad habrían de ser acometidos por todas las calles y azoteas, teniendo muchas de ellas preparadas con trampas á cuyo tiempo llegaría un ejército de veinte mil mexicanos que estaba oculto en las barrancas de las cercanías.

Con tales noticias, confirmadas por dos de los sacerdotes principales, Cortés reunió un consejo de capitanes, en el que se acordó tomar la iniciativa y castigar á los rebeldes antes de que les hiciesen mal. Al efecto anunciaron su partida para la mañana siguiente pidiéndoles gran número de *tamene*, los que le fueron presentados en mayor número del requerido.

Reunidos todos éstos, los más nobles y caciques de la población en el atrio de un teocalli, que enteramente llenaban, á la señal de

un tiro de arcabuz, se precipitaron sobre ellos todos los conquistadores haciendo uso de su artillería, de suerte que aquella inerme muchedumbre recibía la muerte por todas partes sin poder oponer la más ligera resistencia. Muchos en su ansiedad escalaban las paredes, pero con más facilidad servían de blanco á los arcabuceros; otros se precipitaban sobre las puertas tan sólo para recibir la muerte á los redoblados tajos de las espadas que en aquella multitud casi desnuda hacían espantosa carnicería.

Entre tanto los tlaxcalteca con coronas de esparto ó mastuerzo para ser distinguidos de los cholulteca, saqueaban la ciudad y asesinaban á los que no se hallaban en el atrio, robando el oro y la plata para sus aliados, las mantas y demás objetos para ellos. Esta escena de sangre y exterminio duró por dos días, hasta que se movió á piedad el corazón del Capitán, cuando yacían en el suelo ensangrentado más de seis mil cadáveres, y cuando la ciudad antes floreciente, populosa y bella, presentaba un triste aspecto por las huellas que habían dejado la artillería, el incendio y el pillaje.

Borrón es éste del que no pueden lavarse los conquistadores: la conjuración no está probado que haya existido; pues aun no salían de Tlaxcala y ya se las anunciaban los que aunque de la misma raza, eran enemigos mortales de Cholollan. El ejército mexicano que se suponía estaba oculto en las hondonadas inmediatas, no llegó á presentarse ni siquiera se tuvo de él noticia alguna; y aunque *refieren los mismos culpables*, que confesaron su falta varios cholulteca, ni es verosímil tan franca é ingenua confesión por parte de indios reservados, valientes y en sumo grado sumisos al Emperador; ni tampoco hay certidumbre de que los diálogos pasados por la interpretación de doña Marina adicta en extremo á los tlaxcalteca, no sufrieran de tan parcial intérprete, sustanciales modificaciones. Pero aun suponiendo la existencia incontrovertible del referido complot, jamás debió extenderse el castigo á otros que á los comprometidos en él; pues matar á más de seis mil hombres á quienes se reúne con engaño sin saber quiénes de ellos eran delincuentes, sin distinguir el grado de culpabilidad y sin oír sus excusas, y esto por quienes predicaban la sublime religión de Cristo y se horrorizaban de los sacrificios azteca, es un hecho criminal que la moral censura y el derecho condena. La Historia ha calificado de cruel é

injusta esta matanza, y el mismo Gobierno español, mandó más tarde levantar una averiguación ¹.

Ocupado Cortés en hacer sus aprestos, en reorganizar la ciudad y recibir nuevos recados de Motecuhzoma, permaneció en Cholollán hasta el 4.º de noviembre que fué á pernoctar á Calpán. Siguió su camino por entre los volcanes con dirección á México llegando al día siguiente á Cuauhícatl, en cuyo lugar recibió otra embajada que con ricos presentes le enviaba el monarca azteca; quien alarmado con los sucesos de Cholollán y deseoso de apartar á todo trance á los hombres blancos de su designio de verle, envió á un noble llamado Tzioacpupuca engalanado con las insignias imperiales haciendo creer que era el mismo Motecuhzoma; pero que al punto fué reconocido por los cempoalteca y tlaxcalteca.

En Amaquemecán volvieron los naturales de la provincia (Chaleca) á quejarse de la tiranía y rigor del poderoso rey de México, ofreciendo su alianza por tal de hacerle guerra, y después de pasar por Tlamanalco, en Ayotzinco se presentó Cacamatzin, rey de Texcoco, á suplicarle de nuevo en nombre de su tío, no fuese á su capital, á cuyas puertas se presentó no obstante, el martes 8 de noviembre de 1519.

Salió á encontrarlo el pusilánime Motecuhzoma acompañado de su nobleza: iba en unas lujosas andas, lleno de adornos de oro y pedrería; luego que se acercó Cortés se bajó y dando los brazos á Cacamatzin y Cuillahuac bajo un palio recamado de perlas y esmeraldas y pisando siempre en finísimas esteras que sus servidores le ponían delante, se adelantó hacia el conquistador; éste por su parte se apeó luego del caballo y quitándose la gorra le tendió la mano saludándole á la española sin que permitiesen los nobles le abrazase. Cambiado este saludo el Emperador condujo á los recién llegados al palacio de Axayacatl, extensísimo edificio, en donde dejándolos para que descansasen y comiesen, volvió á verlos en la tarde presentándoles nuevos obsequios, y diciéndoles que supuesto que eran veni-

1. Si bien se concibe que Alejandro destruyera á Tebas y á Tiro como medios de intimidar á la Grecia y al Oriente, no podrá nunca disculparse de semejantes atentados, ni por los resultados producidos, ni manifestando que la sangre y las lágrimas son el obligado cortejo de los conquistadores, quien como Cortés, llevaba por lema en su estandarte: AMICI, SEQUAMUR CRUCEM, ET SI NOS FIDEM HABEMUS VERE, IN HOC SIGNO VINCEMUS.

dos de donde el sol nace, y ya en Anáhuac se esperaba su venida por ser señores de la tierra, no tenían sino que mandar seguros de ser fielmente obedecidos.

¡El altivo y orgulloso monarca que avasallara cien pueblos con sin igual orgullo, se postraba á los pies de aquel puñado de extranjeros! ¡La molicie había enervado á aquel antes belicoso príncipe, la superstición lo había encadenado y su despotismo le había levantado enemigos por todas partes!

CAPÍTULO V

Visita de Cortés á Motecuhzoma y reconocimiento de la ciudad. — Tesoro de Axayacatl. — Sucesos de Nahuatl. — Prisión de Motecuhzoma. — Injusto y atroz suplicio de Cuauhpopoca. — Sumisión del monarca azteca al rey de España. — Pánfilo de Narváez.

Al siguiente día pagó Cortés la imperial visita, ocupándose bajo el pretexto de la curiosidad natural en todo viajero, de examinar la ciudad, conocer sus avenidas y puntos estratégicos. La descripción que nos ha llegado de Tenochtitlán no puede ser sospechosa, supuesta la idoneidad de los testigos presenciales que la hacen (Cortés, Bernal Díaz, Alonso de Ojeda, Andrés de Tapia, Alonso de Mata y el Conquistador anónimo) y por ella nos consta la admiración que les causó hallar una ciudad tan grande, tan hermosa y tan poblada.

Pasadas estas atenciones, se ocupó en levantar un altar al verdadero Dios, y encontrando en el palacio la señal de una puerta tapada, hizo abrir, encontrando en aquella pieza el inmenso tesoro de Axayacatl; después de lo cual cayó en una completa inacción, por lo que temeroso de ser destruido por los mexicanos pensó en apoderarse de la persona del Emperador.

No hallaba pretexto alguno, mas sirvióle de tal la carta que le llevaron de Veracruz dos tlaxcalteca, la cual recibió el 14 de noviembre, en la que se refería un hecho de armas de funestas consecuencias. Fué el caso que resistiéndose los cempoalteca á pagar

el tributo prevalidos de su alianza con los castellanos, Cuauhpopoca, jefe de las guarniciones de Nauhtla y Tochpán y señor de Coyohuacán, los amenazó con la fuerza; mas como el capitán Juan de Escalante acudió en socorro de los rebeldes con cuarenta infantes españoles, tres ballesteros, dos escopeteros, dos mil indios y dos cañones pequeños; trabóse un serio combate en el cual, aunque Cuauhpopoca fué derrotado, costóles caro el triunfo, pues tuvieron varios heridos entre los que se contó el mismo Escalante que murió á los dos días, un caballo muerto y un español prisionero, el cual fué degollado y su cabeza presentada á Motecuhzoma en señal de que no eran inmortales.

Con tal noticia se presentó al Emperador el Capitán acompañado de Alvarado, Sandoval, Velázquez de León, Ávila y Lugo y después de recibir los acostumbrados y valiosos regalos, le echó en cara su deslealtad, acusándolo de haber ordenado aquel suceso. Motecuhzoma palideció declinando al punto toda la responsabilidad en el jefe que tal hecho cometió, dando completa satisfacción y ordenando luego que le llevasen presos á Cuauhpopoca y sus cómplices.

Mas como aquel suceso era sólo un pretexto, á pesar de todo insistió don Hernando en que debía pasar á su cuartel donde gozaria de amplia libertad, y á pesar de que mucho se resistió el abatido aztecall, cedió al fin intimidado por las señales de impaciencia que dió Velázquez de León y por las palabras amenazadoras que doña Marina le comunicó.

Pasó en consecuencia al edificio que ocupaba el ejército invasor, mandando que todos sus súbditos depusieran la actividad hostil que comenzaban á tomar, pues por su voluntad habia dado aquel paso que le habia sugerido Huitzilopochtli: « Repetidas veces, dice el más notable de nuestros historiadores contemporáneos, por medio de los embajadores prometióle Cortés pagarle sus favores *con buenasabras*; con érces le cumplió la palabra. Si como hombre y caballero, hubiera faltado en sus tratos con un europeo, don Hernando se hubiera avergonzado de sí propio; pero se trataba de un idólatra, de un bárbaro, de un indio, y tanta supercheria la aceptaba como agudezas del ingenio. La prisión de Motecuhzoma como rasgo de audacia, asombra; como hecho pérfido, irrita. »

En principios de diciembre trajeron á Tenochtitlán prisioneros a

Cuauhpopoca, á su hijo y á quince nobles, los que se pusieron á disposición de Cortés, quien habiéndolos interrogado sobre la muerte de sus compatriotas, respondieron con entereza que ellos se la habian dado sin la orden del monarca, en cuya virtud los condenó á todos á ser quemados vivos. Horrible sentencia que no reconocia ningún justo fundamento; pues aquellos hombres no habian cometido delito alguno: si habian peleado era porque los extranjeros se habian entrometido en sus interiores asuntos dando ayuda á los rebeldes; si Escalante habia muerto, esto habia sucedido en buena lid, y en fin, si aquel suplicio se les imponia por el prisionero que habian degollado, era cometer una odiosa inconsecuencia.

Diez y siete hogueras se prepararon para ejecutar aquella bárbara venganza, y mientras Cuauhpopoca y sus infelices compañeros sufrían aquel tormento en presencia de una muchedumbre espantada, los conquistadores pasieron grillos á Motecuhzoma, de suerte que no encuentra uno que admirar más, si el heroísmo de las victimas que mueren con la mayor entereza sin prorrumpir una queja, la crueldad de los castellanos ó la cobardia y perfidia del monarca mexicano, que entrega á sus enemigos á los que valientemente los combaten y se deja humillar y encadenar.

Á fines del mismo diciembre envió Cortés una sección de sus tropas á Texcoco dirigida por los principes acolhua Nezahualquenzin y Tellohuezquiltzin, hijos del rey Nezahualpilli, mas al partir de México alcanzólos un correo que Motecuhzoma les enviaba y como le hablara aparte á Nezahualquenzin recomendándole de parte del soberano á aquellos blancos, y éstos no entendieron lo que le dijo, creyendo que se trataba de una celada le dieron de palos al desgraciado príncipe y lo llevaron á la presencia de Cortés que, sin más averiguación, lo hizo ahorcar en el acto.

Después de esto pasaron cinco meses en aparente inacción, pues como Cortés con gran sagacidad queria y procuraba representar más bien el político papel de negociador pacífico, que el de guerrero conquistador, no tenia pretexto alguno para obrar en el sentido que deseaba desde el momento en que Motecuhzoma se habia sometido á su voluntad.

En aquellos meses sin embargo, el Capitán obtuvo cuantas noticias deseaba sobre la organización del país, elementos de que disponia, costumbres que en la guerra observaba, medios de ataque y

sobre todo lo que podía interesarle, viviendo él y su ejército entregado á una vergonzosa molicie, cometiendo á este respecto mil desmanes.

Creciendo su audacia en proporción de la pusilanimidad del prisionero monarca, produjo necesariamente una reacción; Cacamatzin, rey de Acolhuacán, y Totoquihuatzin, soberanos de Texcoco, se manifestaron descontentos, retirándose de México; pero como Motecuhzoma los mandara llamar para reprenderlos por su disgusto con los blancos y ellos no vinieran, los mandó entonces aprehender y los entregó al conquistador que al punto los cargó de cadenas y los depuso de sus tronos nombrando en su lugar á Cuicucatzin.

No reconoció ya límites la conducta del Capitán, así es que considerándose bastante fuerte, propuso á su imperial cautivo que se sometiera abiertamente al monarca de Castilla, según se lo había ofrecido, á lo que se prestó luego. Reunidos al efecto Cacamatzin, Totoquihuatzin y demás prisioneros á quienes para esto les quitaron las cadenas, y otros distintos miembros de la nobleza azteca, Motecuhzoma les manifestó la necesidad que habia de hacer lo que se les habia pedido, á lo que consintieron sin replicar palabra por el gran respeto y profunda veneración que le profesaban. Repitióse al siguiente día la junta en presencia de los españoles, y por ante el escribano Pedro Fernández fué prometiendo cada uno obediencia al rey de España, en cuya virtud expidió el correspondiente testimonio, que sirvió de título justificativo de la nueva dominación; ¡como si un monarca pudiese disponer de la independencia de sus súbditos y pudiesen considerarse válidos los actos ejecutados sin libertad!

El primer resultado del vasallaje fué el tributo que se exigió y que en abundancia entregó Motecuhzoma; mas no contentos todavía aquellos codiciosos españoles, se esparcieron por los alrededores cometiendo todo género de tropelías: en Texcoco Pedro de Alvarado aplicó el tormento de echarles en el estómago brea ardiente á Cacamatzin, Totoquihuatzin y demás señores de aquel lugar que tenían prisioneros, á quienes pérfidamente les habian ofrecido su libertad en cambio del oro que recibieron.

Por estos medios alcanzaron reunir un enorme tesoro, pues sólo el oro que fundieron en barras, sin contar las joyas, piedras preciosas y otros objetos de valor, llegó á valer la suma de tres millones quinientos mil pesos por lo menos.

En cambio de todo esto, la situación del extremeño habia empeorado considerablemente; pues el trato de los mexicanos con los blancos los habia acostumbrado á verlos como hombres, quitándoles el prestigio que al principio tenían; su licenciosa vida los habia hecho odiosos; por otra parte ya no tenía objeto su permanencia, una vez que habian logrado la sumisión al reino castellano, que decían era el único móvil de su viaje.

Por esto el rey azteca le exigió que saliera cuanto antes de sus dominios, pues su pueblo se encontraba irritado, y no teniendo Cortés razones que oponer, excusó su demora con la falta de naves en que emprender su viaje. Era aquel hombre tan astuto, que aun esta terrible advertencia aprovechó, pues conociendo la absoluta necesidad que tenía de algunos bergantines para cualquier lance que pudiera ocurrir, por la situación de Tenochtitlan sobre las aguas del lago, comprometió en aquella vez al ignorante Emperador, á suministrarle maderas para las naves que, aparentando le servirían para irse á su lejana patria, en realidad estaban destinadas á dominar mejor aquella capital que llamaban Venecia la Rica ó Americana.

Inopinadamente supo Cortés por el monarca mexicano que habian llegado nuevas naves á Veracruz trayendo tropas de españoles, con lo cual esperaba que partiría luego, pues tenía buques á su disposición. Tal noticia lo llenó de alegría, pensando que podrían ser los refuerzos que por las instancias de Montejó y Puertocarrero, le enviara la Corte; pero pronto se cambió en profunda pena aquel gozo momentáneo; pues Gonzalo de Sandoval que habia quedado en lugar del infortunado Escalante, le avisó que aquellos recién llegados iban enviados por Diego Velázquez con orden de quitarle el mando y volverlo preso á Cuba.

En efecto el gobernador de aquella isla, que tuvo conocimiento de los descubrimientos de don Hernando por Montejó y Puertocarrero que tocaron el suelo de su gobernación, contra los preceptos de Capitán, se apresuró empeñosamente á tomar venganza de la partida pasada, así como á procurar el lucro que aquellos procuradores anunciaban.

Organizó nueva flota y habiéndola puesto á las órdenes de Pánfilo de Narváez, salió del puerto de Guaniguanico en los primeros días de marzo de 1520, llegando á Veracruz un mes después, habiendo seguido un derrotero idéntico al de las anteriores excursiones.

Se compuso de diez y ocho bergantines con ochocientos soldados castellanos, de los cuales ochenta eran de caballería, otros tantos eran escopeteros y ciento cincuenta ballesteros, con diez y ocho cañones y mil indios cubanos.

Narváez que aunque valiente era hombre ligero y jactancioso, se mostró desde un principio sobradamente confiado en las fuerzas de que disponía, así es que envió luego al padre Guevara y otros dos oficiales acompañados de un escribano, para que fuesen á intimar obediencia á Gonzalo de Sandoval que, no contando con tropas suficientes, se había retirado al interior. En la entrevista, negándose Sandoval á oír la intimación, y obstinándose los emisarios en hacerla, se exaltaron los ánimos, acabando por ser aprehendidos los representantes de Narváez, y remitidos luego para México.

Cortés cuando los recibió, tratólos con la política que lo distinguía, así es que bien pronto los cambió en amigos permitiéndoles volver á su campamento.

Habiendo meditado su situación, se resolvió al fin á partir al encuentro de su enemigo, de suerte que dejando en México á Pedro de Alvarado con ochenta españoles, salió con el resto de las escasas tropas que entonces tenía, pues se hallaban diseminadas en distintos lugares, en los primeros días del mes de mayo.

En Cholollan encontró á Velázquez de León que con ciento veinte hombres había ido á expedicionar á Coatzacoalco y con la llegada de Narváez volvía á incorporarse á su capitán, reuniéndose en Tlaxcala con Sandoval.

Rotas las negociaciones emprendidas entre los dos caudillos castellanos, con intervención de los padres Olmedo y Guevara y del secretario Andrés de Duero, negociaciones que sólo sirvieron para que Cortés conociera los elementos y planes de su contrario y se-
dujera con ricos presentes al secretario Duero, al Padre Guevara, á los jefes de la artillería Usagre y Mino, á Agustín Bermúdez capitán y alguacil mayor y á otros muchos, y Narváez adquiriera mayor confianza, se dispusieron al combate. El enviado de Velázquez estaba posesionado del teocalli de Cempoallan y eran sus tropas tan superiores á las de su rival que no podía creer que hubiera encuentro alguno; sin embargo salió á buscar al enemigo, pero en medio de una lluvia torrencial se volvió á su campamento por no haberlo hallado.

Esta circunstancia y la de estar separados ambos contendientes por el río de las Canoas, aumentó de tal suerte su confianza, que al volverse á Cempoallan sólo dejó dos centinelas, entregándose al descanso con el más punible descuido.

Cortés que con su genio militar previó que su salvación dependía únicamente de una sorpresa, buscaba la oportunidad de darla poniéndose de acuerdo con los jefes del campo enemigo con quienes de antemano contaba ya, y como ya entrada la noche, recibiera un aviso que Duero le enviara, con un soldado llamado Galleguillo, al instante se puso en marcha, atravesó el río y caminando sobre un terreno fangoso y en medio de la lluvia, llegó en el mayor silencio hasta el punto donde se hallaban los vigías, de los cuales se apoderó de uno escapándosele el otro que llegó al teocalli y refirió el suceso sin que se le prestara el menor crédito, pues atribuyeron á una alucinación producida por el miedo y por el ruido de la tempestad.

Apresuró su marcha don Hernando de tal suerte que llegó pocos momentos después produciendo en el enemigo una sorpresa completa penetrando en su campamento al toque de carga y sin hallar en su puesto á los cuarenta jinetes que, á las órdenes de Duero y de Bermúdez, estaban encargados de custodiar el camino.

Sin resultado, hizo Narváez disparar su artillería, pues Usaga había tapado los oídos de varias piezas de suerte que sólo hubo cuatro disparos, y aun de éstos uno útil, por estar las otras bocas demasiado altas. En medio de una espantosa confusión, don Pánfilo, por cuya captura se había ofrecido un premio de tres mil pesos, recibió una lanzada en un ojo, que lo postró en tierra y lo hizo quedar prisionero de Pero Sánchez Farfán, con lo cual se rindió al punto toda la tropa que allí se encontraba, terminando así aquella notable jornada del martes 29 de mayo de 1520.

Pocas pérdidas hubo que lamentar en tal asalto, pues los pocos minutos que duró, así como las malas punterías por la obscuridad de la noche, hicieron que apenas tuvieran los vencidos unas quince ó veinte bajas y la mitad los vencedores, de manera que al siguiente día se encontró don Hernando con su ejército aumentado con tan considerable número de compatriotas, pues los más se le incorporaron movidos por sus dádivas y promesas, y esto precisamente en los momentos en que más necesidad tenía de ayuda por las circunstancias á que había llegado.

Rindióse también la caballería que no había tomado parte en la ligera lucha porque se hallaba algo distante de Cempoallan, y poco después se sometió también la armada naval á Francisco de Lugo.

Cuando Narváez vió á su vencedor no pudo menos que decirle : « Razón tendréis, señor Cortés, para agradecerle á la fortuna el haberme hecho preso con tanta facilidad. » Á lo que contestó : « Mucho tengo que agradecerle, pero lo menos que yo he hecho en esta tierra es el haberos prendido. » Decididamente hablaba entonces con presunción, porque si la campaña de Narváez no es el hecho que demuestra más valor en el conquistador, es sin duda el que revela toda su audacia, su inteligencia, y actividad, pues había tenido que combatir un enemigo cuatro veces más numeroso é igual en armas, táctica y disciplina.

CAPÍTULO VI

Vuelve Cortés á México. — Horrible matanza de Alvarado. — Insurrección de la capital. — Muerte de Motecuhzoma. — Cuiclahuactzin. — Noche triste. — Batalla de Otompan.

Pasados los primeros momentos del triunfo, el victorioso general, que deseaba á todo trance consumir sus conquistas y ensanchar sus límites, envió á Velázquez de León con doscientos españoles y dos barcos para que fuese á explorar la provincia de Pánuco y á Diego de Ordaz con otros tantos soldados á la de Coatzacoalco, dejó en Veracruz por teniente gobernador de Sandoval á Rodrigo Rangel, y con seiscientos castellanos, abundantes provisiones y buen número de cañones emprendió su retorno á Tenochtitlán.

Vino á amargar el gozo de Cortés y trastornar aquellos planes la noticia que le trajeron dos tlaxcalteca de haber ocurrido en la capital sucesos de importancia y de hallarse Alvarado en virtud de ellos reducido á una situación difícil.

Fué el caso que acostumbrando los azteca celebrar una gran fiesta en el mes Toxcatl, pidieron permiso para celebrarla al mismo Capitán pocos días antes de su partida para el campo de Narváez, y como

se manifestara anuente con sus deseos, hicieron su preparativos. Ya en visperas de la fiesta, aquellos indigenas llevaron su consideración hasta el grado de pedir nueva licencia al *Tonaliuh* como llamaban á Alvarado, quien igualmente concedió el permiso con al sola restricción de que no llevaran armas.

Llegado el día *ome tecpatl*, que en aquel año correspondió al 20 de mayo de 1520, más de seiscientos nobles mexicanos se reunieron en el atrio del teocalli mayor, ostentando todo el lujo de que usaban en tales ceremonias, y llevando cada uno un gran ramillete de flores, á los sonidos de su música, se entregaron á danzas místicas en presencia de más de tres mil espectadores; pero cuando se hallaban más entretenidos llegó Alvarado con sus tropas y despiadadamente empezó á matar sin antecedente alguno á aquella inerme muchedumbre. ¡Rodeada por todas partes, desprevenida, sin poder huir ni defenderse, aquella multitud pereció á los infames golpes de los asesinos, corriendo su inocente sangre en abundantes borbollones!

Tan espantosa carnicería, ejecutada en la principal nobleza produjo en el pueblo un sin igual descontento y un levantamiento general. No pudo ya soportar aquel pueblo irritado y sólo contenido por el profundo respeto que tenia al imbécil monarca, tamaña afrenta : habían tolerado que aquellos advenedizos entraran en su ciudad, les arrebataran sus tesoros, deshonraran á sus familias, quemaran á sus compatriotas, apriesionaran á su rey, mas no pudieron sufrir que pérfidamente asesinaran á todos aquellos á quienes respetaban y querian por ser sus jefes y señores.

Alvarado, el cruel y sanguinario Alvarado, que provocó la ira de la muchedumbre, no fué capaz de contenerla; envuelto á poco por los guerreros mexicanos tuvo que replegarse herido en la cabeza á sus cuarteles, á pedirle á Motecuhzoma que arengase á sus vasallos y los hiciera deponer su actitud hostil. Amenazado con la muerte, se prestó el débil Rey á servir de instrumento á sus mortales enemigos, y desde la azotea del palacio de Axayacatl apaciguó la airada multitud.

Pasáronse los días siguientes entre parciales combates, fieras amenazas y grande escasez de viveres y provisiones, sin celebrarse el *tianquiztli* ni dar ninguna señal de actividad ó de confianza, en cuya apurada situación, que á haberse prolongado un poco más,